

hace esto para castigar y exterminar á los malos é impíos; porque nada pueden contra los que están revestidos de armas divinas (*Ephes. 6.*). *Toda criatura de Dios es buena*, dice Pablo, *y nada se ha de reusar de lo que se toma con acciones de gracias, porque está santificado por medio de la palabra de Dios, y de la oracion (I. Tim. 4.)... Ora comais, ora bebais, ora hagais qualquiera otra cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios (I. Cor. 10.)*. Luego no hay que temer que eso nos contamine, ó nos comuniqué con los Demonios, esos enemigos de Dios y de la virtud.

N. 36. Celso nos amenaza con la cólera de los Demonios, á quienes no tememos. Un verdadero Christiano sometido á Dios solo y á su Verbo, es superior á los Demonios. *El Angel del Señor acampará en torno de los que temen á Dios, y los pondrá á cubierto: Su Angel, que ve siempre la cara del Padre celestial (Sal. 33.)*, ofrece sus oraciones al Dios del universo, y ora juntamente con aquel, cuya guarda le está encomendada.

N. 37. Celso nos hace un cargo tan falso como absurdo; conviene á saber, que fixamos la eficacia de nuestras oraciones en la lengua bárbara, de que nos servimos, supuesto que confesamos, que ni en latin ni en griego podemos obtener cosa alguna. Cada uno ora á Dios en su lengua propia; y nuestro Dios, que es el Dios de todas las lenguas y de todos los países, nos entiende y nos *exáucia* á todos igualmente.

N. 38. y 39. También hace decir Celso á los Christianos lo que ningun Christiano instruido y religioso ha dicho jamás. »Yo he llenado de »propios al ídolo de Júpiter y de Apolo, los »he azotado; pero ellos no se vengan.«

La ley divina nos prohíbe maldecir á los Dioses, porque nuestra lengua no se acostumbre á maldecir; y ninguno de nosotros es tan sencillo que ignore, que con eso nada concluiríamos contra los Dioses. ¿No vemos á cada paso Ateistas, colmados de bienes de este mundo, y que no experimentan desgracia alguna en castigo de su impiedad, sino es que sea su deplorable ceguedad, que es la mayor desgracia de todas?

Celso convierte luego contra nosotros el argumento que acaba de atribuirnos. »Tampoco nosotros, dice, nos detenemos en injuriar á vuestro Demonio, á ese que llamais Hijo de Dios »y á sus adoradores: los cargamos de cadenas, »les damos muerte á fuerza de tormentos, y no »vemos que se venguen.«

¿Cómo es que Celso se atreve á dar á Jesus el nombre de Demonio? El que ha convertido tantos hombres á Dios, no es posible que sea un Demonio, sino el Verbo Dios, ó el Hijo de Dios. Es constante, que hay penas reservadas para los impíos; pero estos no las padecerán, hasta después que se hubieren obstinado en perseverar en su impiedad, despreciando los auxilios que se les ofrecen para salir de ella.

N. 40. Nuestra doctrina acerca de las penas ha apartado á muchas personas de sus desórdenes. Pero en esta materia, pregunto, ¿qué es lo que enseña el Sacerdote de Júpiter ó de Apolo? «Los Dioses son tardos en castigar, pero su castigo se extiende á los hijos y á todos los descendientes para siempre.» Nuestro Dios es mucho mas justo que esos falsos Dioses. «El hijo, dice, no pagará la iniquidad de su padre, ni el padre pagará la iniquidad de su hijo. La justicia del justo cargará sobre él, y la impiedad del impío cargará sobre él. El alma que hubiere pecado, morirá.»

N. 41. Prosigue Celso con sus injurias. «Vosotros, dice, maldecís las imágenes de los Dioses, y os burláis de ellas. Si hubierais hecho lo mismo con Baco ó con Hércules, os hubiera pesado indubitablemente; pero los que pusieron en la cruz á vuestro Dios, los que le diéron muerte en los suplicios, ¿qué castigo han experimentado? ¿Ha sucedido alguna cosa que pueda probar, que Jesus no era un impostor, sino el Hijo de Dios? Nada: antes ese mismo Padre, que solo habia enviado á publicar su ley, sufrió que esta ley pereciese con él, y todavía no se ha dado por entendido. ¡O Padre desnaturalizado! Pero á todo esto decis, que Jesus se vió abrumado de injurias, porque quiso. Lo mismo podemos responder nosotros acerca de los Dioses que vosotros insultais. Con todo muchas ve-

ces sucede, que el blasfemo padece un severo castigo, si no huye inmediatamente.»

Debemos responder á Celso, que nosotros jamás maldecimos, ni prorrumpimos en imprecaciones contra los hombres, ni contra los Demonios. El alma del Christiano es siempre apacible, pacífica y honesta: porque el Verbo Divino nos ha enseñado á no vengarnos jamás, ni siquiera con palabras, y á bendecir aun quando nos maldicen. Por otra parte, ¿hay cosa mas vana é insensata, que maldecir el oro, la plata y la piedra, la qual haceis que tome la forma de vuestros pretendidos Dioses? Nosotros, pues, no nos burlamos de vuestros simulacros, pero pudiéramos con razon burlarnos de sus imbéciles adoradores.

N. 42. Respecto á Jerusalén, donde el Hijo de Dios fue puesto en la cruz, y respecto tambien á ese pueblo deicida, que clamaba con el mayor furor, *crucificadlo, crucificadlo*, y entregó á Jesus por envidia, pidiendo que un ladron y homicida le fuese preferido; respecto á Jerusalén y al pueblo Judío, vuelvo á decir, ¿quién hay sobre la tierra que ignore su deplorable suerte? De Jerusalén se sabe, que poco tiempo despues fue sitiada, y tomada y destruida enteramente, á pesar de la mas obstinada defensa: y el pueblo Judío criminal é impenitente, cuyas iniquidades subian de punto cada dia, fue entregado á sus propios enemigos, y exterminado. La causa de tan horrible catástrofe no es otra que la

sangre de Jesus derramada sobre aquella tierra, la qual no pudo soportar mas tiempo á su pueblo deicida.

N. 43. y 44. *¿Qué ha ocurrido de nuevo, dice Celso, despues de la muerte de Jesus?* No hay cosa mas nueva, ni mas extraordinaria, que la exterminacion y dispersion del pueblo Judío sobre la superficie de la tierra, y el nacimiento del pueblo Christiano, en medio de las mayores contradicciones y persecuciones. Los Gentiles, extraños á la alianza de Dios, y excluidos de sus promesas hasta aquel tiempo, corrieron de tropel á abrazar la verdad y el culto de Dios. Todo esto es obra de un Dios, y no de un impostor. Jesus sufrió los mas crueles suplicios: y ¿qué prueba eso? Su heróyca paciencia y la crueldad de sus enemigos. Pero es absolutamente falso que su ley haya perecido con él. *Si el grano de trigo, dice Jesus, no muere en la tierra, permanece solo; pero una vez muerto, produce mucho fruto. (Joan. 12.)* Jesus es este grano, que despues de su muerte, ha producido y produce todos los dias infinitud de frutos; y el Padre celestial vela sobre todos estos frutos y los conserva. Ni se puede decir, que es un Padre desnaturalizado. Es verdad, que *no perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; de suerte que el Cordero de Dios ha borrado los pecados del mundo; (Rom. 8. Joan. 12.)* mas esto no fue á su pesar, sino que sufrió porque quiso. Sus Discipulos, á imitacion

suya, sufren tambien de parte de los Demonios y de sus adoradores; pero los Mártires, testigos de la verdad, quedan vencedores en esta guerra en que perecen: pues por medio de su paciencia y su constancia en confesar la fe en Dios y en su Hijo Jesus, triunfan de sus perseguidores. Y si es que hay Christianos que huyen y ponen su vida en salvo, no lo hacen esto por cobardía, sino por obedecer al precepto de su Maestro, y para procurar la salvacion de los infieles.

N. 45. Celso encarece extraordinariamente los oráculos de sus Dioses, y los prodigios que han obrado; pero yo no sé, cómo puede hablar de ellos con seriedad, y darles crédito mayor que á los nuestros. Lo cierto es, que los mismos Filósofos Griegos se burlan de ellos; y quizá hubieran creído en Moysés, en los Profetas y en Jesus, si hubiesen llegado á verlos y escucharlos.

N. 46. y 47. La Pitia, se dice, que pronunciaba los oráculos que se queria por dinero: mas los Profetas siempre se han hecho admirar por medio de la verdad de sus predicciones. La edificacion de las Ciudades, el recobro de la salud de los hombres, la cesacion del hambre, todo en una palabra, se ha verificado al tenor de sus oráculos. Toda la nacion Judía, á manera de una colonia ordinaria, se estableció en la Palestina; se mantuvo floreciente, mientras observó la ley de Dios; pero siempre que la violó, fue castigada. Del mismo modo, los Príncipes y los par-

ticulares han sido tambien felices ó desgraciados, á proporcion que han sido dóciles ó rebeldes á las amonestaciones de los Profetas. Los Profetas predixéron nacimientos y curaciones milagrosas: Jesus, y sus Apóstoles, en virtud del poder que su Maestro les comunicó, obráron una infinidad de prodigios. Finalmente, los libros de los Macabéos nos ponen de manifesto la venganza que Dios tomó de los que se atreviéron á profanar su Templo en Jerusalén.

Pero acaso nos dirán los Griegos, que todos esos hechos, no obstante que están confirmados por dos Naciones enteras, no son sino fábulas. Exâminense pues, analicense con todo cuidado, y entonces será mayor el convencimiento de su realidad. El pueblo Judío, antes que se hiciese merecedor del desprecio de Dios, á causa de su rebellion y endurecimiento, parecia un pueblo de Filósofos. En quanto á los Christianos, cuya sociedad se ha formado de un modo inaudito, se hace muy creible, que fue preciso que intervinieran prodigios mas bien que discursos, para determinarlos á abjurar la Religion de su pais, y abrazar una que les era extraña. Ni es verisimil tampoco, que unos hombres de las heces del pueblo, y sin letras, como los Apóstoles, hubieran tomado á su cargo la predicacion del Evangelio, á no confiar en el poder divino, de que eran depositarios. Además de esto, los pueblos que los escucháron, ¿se hubieran resuelto,

como se resolviéron inmediatamente, á abandonar los usos, los dogmas, el culto que sus padres les habian transmitido por el transcurso de tantos siglos, y á adoptar otros enteramente contrarios; si no hubiesen sido arrebatados y convertidos en virtud de los admirables prodigios que veían con sus propios ojos?

N. 48. »Vosotros, dice Celso, enseñais la eternidad de las penas; tambien se enseña en nuestros misterios; y lo que es mas todavía, damos pruebas sólidas y en gran número, sacadas del poder de los Demonios, de las respuestas de los oráculos y de toda especie de divinaciones.“

Pero en esta parte hay una notable diferencia entre los Paganos y Christianos; porque estos últimos son los únicos, en quienes esta doctrina influye sobre la conducta, y produce impresiones saludables. Sin duda el que reveló este dogma, no se propuso causar á los hombres vanas inquietudes, ó darles motivos de disputa; sino que quiso apartarlos de los desórdenes, que les hubieran acarreado esos temibles suplicios. Por lo demás, solamente las Profecías, leídas con atencion, son suficientes para persuadir á todo hombre sábio y de buena fe, que los Profetas fueron verdaderamente inspirados por el espíritu de Dios; y que no pueden en manera alguna compararse con ellos los prestigios de los Demonios, ni las respuestas de los oráculos.

N. 49. y 50. "¿Hay cosa mas absurda, nos dice
 "Celso, ni mas contradictoria al mismo tiempo,
 "que rogar por vuestros cuerpos, tener esperanza
 "de que resucitarán, y con todo eso entregarlos
 "todos los días á los suplicios, como la cosa mas
 "despreciable? Pero yo hago muy mal de hablar
 "con hombres capaces de semejantes delirios; con
 "hombres sujetos á sus cuerpos, groseros, impu-
 "ros y facciosos sin objeto: mas valia que ha-
 "blase por el contrario con los que esperan, que
 "el alma será eternamente feliz. Estos, sí, que
 "tienen derecho de enseñar, que los justos serán
 "recompensados eternamente, y que los malos
 "padecerán por toda una eternidad; que es un
 "dogma capital, del que ninguno debe apartarse."

No hay necesidad de repetir aquí lo que ya
 hemos dicho acerca de la resurreccion, y de la
 superioridad del alma, en la qual, y no en el
 cuerpo, reside la imágen de Dios. Nosotros deseamos y esperamos la resurreccion de los cuerpos, porque deseamos y esperamos todo lo que Dios ha prometido á los justos.

A Celso le parece que nos contradecimos, porque exponemos estos mismos cuerpos á los tormentos, como la cosa mas despreciable: pero ha de saber, que lo que sufre por la Religion y lo que está expuesto por la virtud, no es despreciable: lo despreciable y vergonzoso es lo que se prostituye á los vicios y al deleyte.

Celso debia tener mas humanidad, y no des-

preciar ni aun á los hombres groseros, carnales, impuros é irracionales. La caridad christiana, conforme en todo á las miras del Criador, abraza á todos los hombres sin excepcion: procura pulir é ilustrar á los hombres groseros y carnales, purificar á los impuros, y restituir la razon y la salud á las almas enfermas é irracionales.

Celso no quiere que nadie abjure el dogma de la eternidad de las penas. Pero pregunto, ¿qué es lo que hace quando declama tan vigorosamente para que se abjure el Christianismo, cuyos principales dogmas son la unidad de Dios, las promesas hechas por Christo á los justos, y las amenazas de una eternidad de suplicios para los malos? Crisipo le suministraba un buen exemplo, porque para liberrar al hombre de sus pasiones, emplea primeramente los argumentos de su secta, pareciendole que son los mas convincentes; pero despues saca tambien otros de los principios de las sectas contrarias, no sea, dice, que impugnando inoportunamente estos principios, se pierda la ocasion de curar las pasiones.

N. 52. Como nosotros estamos adictos á la Religion Christiana por un sin número de motivos, hacemos quanto está de nuestra parte, para que todos los hombres adopten todos los dogmas de ella. Pero si hallamos algunos, que se hacen sordos á nuestros discursos, á causa de las calumnias que se han esparcido tanto contra el nombre *Christiano*, procuramos en tal caso servirnos

de los principios que nos son comunes con ellos, para radicarlos en la creencia de las penas y recompensas despues de esta vida. Porque no hay hombre alguno, en cuya alma se encuentren borradas enteramente las nociones comunes de lo justo é injusto, y de lo honesto y vergonzoso. Todos los hombres, espectadores del orden admirable que reyna en los cielos, y de los cuidados de la Providencia, que ha provisto abundantemente á sus necesidades y á sus placeres, deben procurar no hacer cosa alguna que pueda ser desagradable al divino Autor de tantos bienes. Persuadanse para esto, que su suerte eterna depende de la vida que hubieren llevado sobre la tierra; que los que hubiesen cumplido con sus obligaciones, y practicado la virtud, serán felices; y que los malos por el contrario serán castigados por sus desórdenes, por su intemperancia, por su molicie y por sus excesos.

N. 53. «Puesto que los hombres, continúa Celso, han sido unidos á los cuerpos, ya porque el orden general lo exigia así, ya para que expiáran sus crímenes, ó para que purificáran sus almas manchadas por las pasiones; es de creer, que hay seres, á quienes ha sido confiado el cuidado de sus prisiones.»

Celso habla en duda acerca de los objetos mas interesantes al hombre: ni quiere adoptar ligeramente las opiniones de los Antiguos, ni tomarse el trabajo de impugnarlas. ¿Por qué no

ha observado la misma circunspeccion respecto de la Ley de los Judíos y de Jesus? ¿Por qué no ha tomado á lo menos el partido de dudar y exáminar? Él debia considerar, que no es verisimil en manera alguna, que Dios hubiera abandonado á unos hombres, que hacian profesion de no adorar mas que á él, y que por amor á él y por respeto á su ley, no temian los peligros ni la muerte; y que habia mas motivo para creer al contrario, que este Sér supremo, Padre comun de todos, que todo lo ve, todo lo oye, y conoce el secreto de los corazones, habia iluminado con los rayos de su luz á aquellos siervos que lo buscaban únicamente, que despreciaban los simulacros de mano de los hombres, y procuraban elevarse hasta él, mediante la fuerza del discurso.

Si Celso y todos los enemigos de Moysés, de los Profetas, de Jesus y de sus Discípulos, hubieran pesado lo que acabamos de decir, no se hubieran propasado en invectivas contra ellos; ni hubieran puesto á los Judíos en grado inferior á todos los pueblos, aún á los Egipcios, los quales de tal manera se dexáron arrastrar de la ceguedad de la supersticion, que prostituyéron á viles animales los homenages debidos á la Divinidad. Mas no se crea, que nosotros aconsejamos á nadie, que dude de la verdad de la Religion Christiana; porque únicamente queremos decir, que sus enemigos serian menos injustos y

menos irracionales dudando, que intentando contra Jesus y contra sus Discipulos un género de acusaciones, de que no pueden alegar prueba ninguna.

N. 54. En quanto á lo que Celso dice, que los hombres están en prisiones, y baxo el poder de los Demonios, respondo, que los hombres virtuosos y los Christianos han roto sus cadenas. *Jesus puso en libertad á los que estaban cautivos, é hizo que se apareciera una gran luz sobre los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte. (Is. 9. y 49.)* Jesus nos libertó de la servidumbre de Satanás, que nos tenia encorvados hácia tierra, y nos impedía levantar los ojos al cielo.

Ni nos falta razon, como Celso nos lo imputa, para que abandonemos nuestro cuerpo á los tormentos, antes que adoremos á los Dioses ó los Demonios. Padecer tormentos por la virtud, sufrir por la Religion, morir por Dios, este es nuestro crimen á juicio de Celso. Pero ¿hay cosa mas racional ni mas agradable á Dios? Nosotros sabemos, que *la muerte de los Santos del Señor es preciosa á sus ojos (Sal. 115.)*; y por eso hemos aprendido á despreciar la vida. Si Celso no se avergüenza de compararnos con los ladrones, que sufren el suplicio correspondiente á sus crímenes, se hace imitador de los Judíos, que pusieron á Jesus en el número de los malvados.

N. 55. 56. y 57. »Ello es preciso escoger, dice

»Celso: si los Christianos quieren que se les tolere en la sociedad, si quieren que se les permita casarse, tener hijos, y finalmente tomar parte en los bienes y males, mayorazgo necesario de esta vida; es preciso que sacrifiquen en honor de los Dioses; que les tributen los homenajes que les son debidos, y de que ellos no pueden excusarse sin injusticia y sin ingratitud: si no se acomodan á esto, no tienen ya que esperar, sino que se les excluya y extermine de la sociedad...“

Nosotros no conocemos mas que una razon legítima para salir de esta vida; conviene á saber, quando los que han recibido autoridad sobre nosotros, nos proponen que vivamos dando por el pie á la ley de Jesus, ó que moramos si hemos de serle siempre fieles. Exceptuada esta circunstancia, nosotros continuaremos, por mas que diga Celso, en vivir segun la ley divina, y jamás nos someteremos á la ley del pecado. Nos aprovecharemos, si nos parece, de la libertad que todos los hombres tienen, para casarse y tener hijos; pero nos guardaremos muy bien de deshacernos de los hijos que la Providencia nos hubiere dado. Usaremos tambien con reconocimiento de los bienes de esta vida; sufriremos con paciencia los males, como ensayos en que la virtud se purifica, y brilla á la manera que el oro en el crisól: porque ninguno es premiado, sino el atleta de la piedad, que hubiere

combatido valerosamente hasta el fin de esta vida. (2. Tim. 2. Philip. 3.)

Nosotros, es verdad, no tributamos honor alguno á los Demonios; pero en esta parte, ni somos injustos, ni tampoco ingratos, porque nada les debemos. Dios no les ha confiado la administración de ninguna obra suya; y así es que no se emplean, sino en dañar y hacer mal á los hombres. Alabamos á los Angeles buenos, á quienes Dios ha concedido alguna parte en el gobierno de las cosas humanas; mas no por eso les tributamos el culto que se debe solo á Dios, y de que no son ellos ambiciosos. En una palabra, no adoramos sino á Dios, y respondemos á los Demonios con las palabras de Jesus: *Adorareis al Señor vuestro Dios, y no servireis sino á él. Nadie puede servir á dos amos. (Mat. 6.)* Y así no estaremos dudosos entre Dios y los Demonios, entre Dios y Mamona. Solamente tememos ser ingratos é injustos respecto de Dios, que nos ha colmado de bienes, y de quien todo lo hemos recibido en esta vida, y esperamos todavía mas en la otra. El pan llamado *Eucaristia* es el simbolo de nuestro reconocimiento para con Dios.

N. 58. y 59. Celso nos estrecha á que tribute-
mos culto á los Demonios, porque nuestro cuerpo
está dividido en un considerable número de partes
(en treinta y seis, segun los Egipcios), y á cada
una de ellas preside un Demonio; y tambien porque
importa honrarlos, para preservarnos por este medio

de toda enfermedad, de todo accidente.

Y así Celso, sin sombra de prueba, pretende que nosotros debemos creer antes en la magia que en la Religion Christiana; en sus Demonios, mas bien que en el Dios supremo, que se ha manifestado suficientemente por sí mismo, y nos ha sido revelado por su Hijo, el qual ha enseñado á todos los hombres, á todos los seres dotados de razon, la verdadera doctrina de la piedad. El culto de Dios no puede dividirse, ni menos comunicarse á los Demonios.

Celso no debe ignorar, que estas solas palabras, en el nombre de Jesus, pronunciadas por los fieles, preservan y curan de las enfermedades, de las obsesiones del Demonio, de todo accidente. A pesar, pues, de las risadas de los partidarios de Celso, continuaremos diciendo, que al pronunciar el nombre de Jesus, toda rodilla se dobla en el cielo, sobre la tierra, y en los infiernos: y que toda lengua confiesa que nuestro Señor Jesu-Christo está en la gloria de Dios Padre. (Philip. 2.) A pesar, digo, de sus risadas, daremos pruebas claras y sólidas, quales no podrá jamás producir Celso, para establecer sus absurdos dogmas.

N. 60. 61. y 62. Conviene Celso en que el culto de los Demonios tiene algunos inconvenientes; porque es de temer que haga á los hombres demasiado carnales, puesto que los mismos Demonios son sensuales y voluptuosos, y no tienen poder sino sobre los cuerpos.